

importante que la guerra entre el sacerdocio y el imperio. Durante siglos fueron los heréticos perseguidos como culpables de lesa divinidad. Todavía hoy se asimila á crimen la herejía. En este punto son evidentes el error y la culpable ceguedad de los hombres. Lo que los papas han anatematizado como crimen es el uso de los derechos que llamamos naturales, porque provienen de Dios: los innumerables mártires que han perecido en las hogueras por haber pecado contra Dios no han hecho más que obedecer su voz, que nos ha dictado como ley el libre desarrollo del pensamiento. No son las víctimas, sino los verdugos, los criminales. El verdugo es la Iglesia, que diciéndose órgano de Dios y depositaria de la verdad absoluta, viola la ley de Dios é impide, por cuantos medios están á su alcance, que brille la verdad. La Iglesia quiere imponer á los espíritus una unidad absoluta y oprimir eternamente las inteligencias entre los lazos del dogma oficial, cuando este dogma está plagado de errores y de creencias supersticiosas. La pretension de la Iglesia se encaminaba á perpetuar la superstición, exterminando á los disidentes á hierro y fuego.

Ved á los hombres en abierta oposicion contra Dios, si Dios existe y si es la verdad. ¡Y esos hombres se llaman los vicarios de Dios! La Iglesia hace á los heréticos una guerra á muerte, los quema en las hogueras; y si el verdugo no basta á cumplir pronto su tarea, llama á la cristiandad á las armas; los que se libran del furor de los cruzados, en la guerra terrible que se califica de sagrada, son exterminados por la Inquisición. La fuerza triunfa en apariencia. Los albigenses, la secta más temible de la Edad Media, desaparecen; el Mediodía de Francia, foco de la herejía, se humilla ante la ley de los vencedores; toda una civilización perece, y los descendientes de los sectarios rebeldes se tornan creyentes fanáticos. La fuerza reina victoriosamente en el dominio de la inteligencia.

¡Así los hombres triunfan sobre Dios, y la superstición sobre la verdad! No dirémos que todo fuese superstición en el dogma católico, ni todo verdad en las herejías; pero sí que los heréticos combatían en pro de una verdad más preciosa que sus creencias, aun suponiéndolas verdaderas, la libertad de pensar. Méenos importa la verdad que el derecho de buscarla y de practicarla. Este dere-

cho era el que la Iglesia atacaba, el que se inmataba en las hogueras, y el que habría perecido, si lo que los hombres querían hubiese triunfado. Pero ¡cosa admirable! Las violencias de la Iglesia, en lugar de arruinar la libertad de pensar, arruinan al catolicismo; el papado, que cree salir victorioso, queda vencido. ¿Quién resulta, en realidad, vencedor? La razón. Los hechos son tan trascendentes que fuera inútil insistir en ellos. Es verdad que las sectas del siglo XII desaparecen; ya no hay maniqueos ni albigenses; pero el movimiento que les diera vida continúa hasta la Reforma. La Iglesia ha dado muerte á los hombres, pero no á las ideas, y la herejía es una manifestación de la libertad de pensar. Esta libertad proviene realmente de Dios, y no hay potestad humana que alcance á detener su impulso; por el contrario, prosigue su lucha contra los que quieren oprimirla, y acaba por sér reconocida y consagrada por las leyes y las constituciones.

Si el error pudiese triunfar, debiéramos maldecir nuestro destino, afirmar que le dirige el espíritu del mal, y negar á Dios. Mas si, á pesar de los extravíos de los hombres, la verdad, ó, por méjor decir, el libre pensamiento triunfa á despecho de los errores de los hombres, fuerza es reconocer que hay en nuestro destino otro elemento á más de nuestra libertad, y que este elemento no es ni el azar, ni la naturaleza, ni una ley ciega, sino un poder superior que guía á la humanidad, y que se sirve hasta de nuestras malas pasiones para llegar á sus fines. El espectáculo de la historia cesa de ser desesperante; justifica á Dios y consuela á los hombres.

Hemos dicho que las violencias de la Iglesia se vuelven contra ella en pro del libre pensamiento. Diríase que el fuego de las hogueras purificó las herejías. Con efecto, estaban plagadas de errores, y éstos han ido desapareciendo, quedando lo que en aquéllas había de verdadero. Los valdenses inspiran á los taboristas de Bohemia, y los heréticos dan la mano á los precursores de la Reforma. Todos los reformadores, desde los heréticos de la Edad Media hasta los precursores del siglo XV, tienen un cierto número de creencias comunes que tienden á cambiar la naturaleza de la religión. El catolicismo consistía, sobre todo, en ceremonias en actos exteriores; los sectarios del siglo XII, como Wiclet, como los precursores alemanes, se

esfuerzan en llevar la religión al sentimiento interno. Al fin de este movimiento aparecerá un nuevo cristianismo. Este lazo entre los heréticos y el cristianismo del porvenir es su justificación al par que la condenación de la Iglesia. ¿Quién ha dado á la herejía la fuerza necesaria para sobrevivir á las hogueras y á las cruzadas? ¿Quién ha hecho servir el hierro y el fuego para fortificar el libre pensamiento, cuando las violencias de una Iglesia omnipotente tendían á ahogarle en su cuna? ¿Quién sino Dios?

Hemos dicho que el papado trabajaba en su propia ruina, y que el principio de su poder era al mismo tiempo causa de su decadencia. Otro tanto afirmaremos respecto al catolicismo. Pregúntase la causa de que la Iglesia fuese desgarrada por la Reforma en el siglo XVI, y debemos responder que el catolicismo engendró la Reforma, como engendró la incredulidad. Parecerá paradójica esta afirmación, y, sin embargo, es la comprobación de un hecho. La Reforma y la incredulidad tienen de común el ser ambas una reacción contra las supersticiones católicas, supersticiones que son de esencia en el catolicismo; y el espíritu humano, á medida que se eleva á pensar libremente, rechaza las creencias supersticiosas, como el veneno del alma. Véase ahí un gérmen de revolución que debe necesariamente brotar, porque el hombre se alimenta de verdades y no de veneno. En este sentido debemos el libre pensamiento á la Iglesia; así, á medida que ésta forja nuevas supersticiones, crea también nuevos elementos de libre pensamiento. ¿Cómo no ver aquí la mano de Dios? Si de la Iglesia hubiera dependido, hasta el nombre de libertad estaría borrado del lenguaje humano. Hay, pues, una potestad superior que se vale de la superstición para excitar al espíritu humano en la investigación de la verdad. Á Dios debemos el libre pensamiento, y Dios es quien procura su triunfo por los mismos medios que debieran impedir su nacimiento ó ahogarle en su cuna. La historia es la glorificación de Dios.

Si se destierra á Dios de la historia, ¿qué resta? Un tejido de contradicciones y la glorificación de la fuerza. Los historiadores y los filósofos celebran el papado de la Edad Media como un instrumento de educación para los pueblos germánicos. Más tarde, cuando el papado sucumbe bajo los ataques de la realeza, del espíritu de nacionalidad

y del libre pensamiento, esos mismos escritores aplauden su caída. Condenar el papado ó exaltarle á medida que es vencido ó vencedor, equivale á glorificar la fuerza. Colocándonos bajo el punto de vista humano y excluyendo todo elemento providencial, reprobaremos el papado en la persona de Gregorio VII y en la de Bonifacio VIII. ¿No fué Gregorio VII quien fundó el poder espiritual, imponiendo el celibato al clero? ¿No fué él quien fundó el poder temporal del papado, reivindicando para sí el derecho de deponer á los reyes? ¿No es él, por tanto, el gran culpable? Luego más merece vituperios que alabanzas. Pero si le vituperamos, ¿qué diremos de la educación de las razas bárbaras, que se le debe á ese papa? Esta educación implica la necesidad de ese mismo poder temporal y espiritual que rechazan así la historia como la filosofía. Nos vemos, por tanto, forzados á condenar y aprobar al mismo tiempo una misma institución. ¡Qué contradicción y qué trastorno del sentido moral!

Sólo queda un medio para salvar el orden moral, y es no confundir lo que los hombres quieren con lo que quiere Dios. Gregorio VII se equivocaba al creerse el vicario de Dios, se equivocaba al fundar el poder espiritual sobre la ley del celibato, y se equivocaba al crear un poder que aniquila al mismo tiempo la independencia de las naciones y la libertad del espíritu humano. Respecto al hombre, cabe disculpa, porque participaba de las preocupaciones de su época; pero hay que condenar las preocupaciones, porque esas creencias supersticiosas son las que han producido el mal que la historia deplora, la persecución del libre pensamiento y la usurpación de la soberanía civil. ¿Á quién, pues, corresponde el honor de la educación de los pueblos germánicos? No á los hombres, no á los papas; luego á Dios. Bajo el punto de vista del gobierno providencial, puede decirse que el gobierno espiritual y temporal del papado era una necesidad en la Edad Media, puesto que era el instrumento de la obra de moralización que es la misión de la Iglesia. Esta idea justifica á Dios, pero no á los hombres. Los hombres responden de su egoísmo y de sus errores, y la historia debe reprobarlos, así como alabar á Dios por cuanto utiliza el egoísmo y la ceguedad en pro de sus designios. En este sentido cabe glorificar y condenar al mismo tiempo á una misma y única institución: glorificar-

la como instrumento de la Providencia, condenarla como obra del error y de la superstición. Así las contradicciones desaparecen; hay la parte de los hombres y la parte de Dios. Mas ¿cómo utiliza Dios las pasiones y los errores de los hombres para el progreso de la humanidad? Es un misterio, pero misterio que subsistirá siempre desterrando á Dios de la historia. La lucha del papado y del imperio pone este hecho fuera de duda.

IV.

Al lanzar Gregorio VII la excomunión contra Enrique IV, dirigiéndose á los apóstoles San Pedro y San Pablo, dijo: "Dad á conocer á todo el mundo que si podeis ligar y desligar en el cielo, podeis tambien dar y quitar sobre la tierra los imperios, los reinos y los principados. Si juzgais las cosas espirituales, ¿cuál no será sobre las temporales vuestro poder? Si juzgais á los ángeles, que dominan sobre todos los príncipes soberbios, ¿cuál no será vuestro dominio sobre sus esclavos?". Es evidente que estas pretensiones anulan la soberanía civil y el Estado, dejando sólo en pié la soberanía de la Iglesia. Gregorio VII lo dice abiertamente: "¡Los príncipes quieren hacer de la Iglesia su esclava; pero sepan que á ella exclusivamente corresponde el imperio!".

¿Estaba el papa en lo cierto? Nuestras constituciones modernas contestan. Ellas dan la soberanía á las naciones y quitan á la Iglesia la potestad propiamente dicha, dejándole sólo el derecho comun de toda asociacion. Si Gregorio VII se equivocaba, fuerza es reconocer que los emperadores que han combatido á los papas en la larga lucha entre el sacerdocio y el imperio eran los órganos de la soberanía civil. Su causa era la de las naciones, causa sagrada, porque es la del derecho y la libertad. ¿Deberá la historia celebrarlos como precursores del 89? Si lo hiciera así, confundiría lo que los hombres quieren con lo que quiere Dios. No, los emperadores no pensaban en el derecho de los pueblos. Pusieron de parte de los obispos contra los municipios, y si hubieran salido vencedores de la lucha que contra el papado sostenían, hubieran ahogado lo mismo las libertades que á los papas. Tampoco puede decirse que los emperadores se propusieran defender los derechos del

Estado contra las usurpaciones de la Iglesia. Su ambición era continuar la monarquía universal de Roma pagana, y trataban á los reyes de Francia y de Inglaterra como reyes provinciales. Es decir, que si su ambición se hubiese realizado, no hubiera habido Estado; no hubiera habido más que un solo emperador, como sólo hay un Dios, aniquilando, por consiguiente, toda idea de derecho. Hé aquí la causa de que los reyes no apoyaran al emperador contra el papa, por más que las pretensiones del papado, caso de triunfar, hubiesen destruido su independencia y hasta comprometido su existencia. En el fondo no querían la monarquía del emperador ni la del papa. Eran los representantes del Estado, y por lo tanto, de la soberanía de los pueblos.

¿Qué diremos de este conflicto de intereses bajo el punto de vista de la libertad humana? Fuerza es condenar de una manera absoluta lo mismo á los papas que á los emperadores, porque ambos amenazaban igualmente la potestad soberana de los Estados en que se dividía la cristiandad. Sin embargo, hay que convenir en que su lucha fué favorable á la soberanía civil, porque en cuanto cesó, proclamaron los reyes su independencia y emanciparon la potestad civil de la supremacía del papa. ¿Á quién debemos el beneficio? ¿Á los reyes? Si los papas no hubieran combatido la ambición de los emperadores, y éstos la más peligrosa aún de los papas, los reyes no existirían. ¿Deberáse entonces á los emperadores y á los papas? Disputábase éstos la monarquía universal; mas si sus luchas han procurado el triunfo de la soberanía civil, no emana de los combatientes el beneficio. En realidad, han hecho lo contrario de lo que querían, por más que su ambición egoísta favoreciera la causa de las naciones. Pero ¿cómo puede convertirse el mal en fuente de bien? Si se aparta á Dios de la historia, habrá que decir que el mal es el bien y el bien el mal. No hay más que un medio de librarse de tal absurdo: reconocer una potestad que domina las pasiones humanas y que las utiliza en pro de los designios de su infinita sabiduría. Así brota la luz, y el hombre ve claro y adora la mano que le guía. Quien prefiera las tinieblas, procure en buena hora desterrar á Dios de la historia; mas ¿de qué servirá una historia donde reina la fuerza ciega? Sirve para destruir el sentido moral y para viciar la conciencia.

V.

Los emperadores sostienen, sin saberlo, una causa justa, una causa que tiene de su parte el porvenir. ¿No podrá decirse lo mismo respecto á los papas? El ideal que éstos perseguían era la armonía del poder espiritual con el temporal. Demostremos que el ideal es falso. La espada temporal se mantenía á disposición de la Iglesia, pero no en su mano; el Estado estaba subordinado á la Iglesia, pero no se confundía con ella. La teoría de los dos poderes es falsa y descansa sobre un principio falso. No hay dos poderes, no hay más que uno, porque tampoco hay más que una soberanía. El poder espiritual, en cuanto poder, corresponde al Estado, lo mismo que el temporal. Si se les separa, refiriendo el primero á una misión divina, como hacían los papas, se llegará fatalmente á la dominación de la Iglesia, á la potestad absoluta é ilimitada del soberano pontífice.

Hé ahí una nueva contradicción que encarna en la noción misma del poder espiritual. Los papas quieren bastante más de lo que en intención aparentan, y no es esto lo de mayor importancia. Su doctrina tiene una faz que es verdadera y que destruye en su base el poder espiritual, del que, sin embargo, es una manifestación. La Iglesia reclama su libertad, y la historia nos enseña que la libertad de la Iglesia quiere decir la servidumbre del Estado y la esclavitud de la razón. ¿De dónde emana esta libertad? Jesucristo fué el primero que reivindicó la libertad de la conciencia frente al César. Al decir: Dad á Dios lo que es de Dios, emancipó el alma del yugo que el Estado imponía en la antigüedad, hasta en el fuero interno. Esto era separar la religión del Estado. Mas la Iglesia demandó para sí la libertad que el Cristo había pedido para el creyente. Por mejor decir, ocupó el lugar de Dios, y quiso sujetar al hombre, en vez de someterse á Dios. Para ello cambió una ley de libertad en ley de servidumbre. Así que la libertad de la Iglesia significaba la servidumbre de los individuos y del Estado. Y no es ménos cierto que manteniendo su libertad frente al Estado, la Iglesia mantenía la separación entre la religión y el Estado que había establecido Jesucristo, proporcionando un germen de libertad á las mismas conciencias que oprimía. En efecto, la distinción entre el poder espiritual y el temporal implica que

hay una parte del hombre á la que no alcanza la dominación del Estado, esto es, la espiritual, la conciencia, y por tanto, también la razón. Es verdad que la Iglesia sustituía con el suyo propio el despotismo del Estado, pero por vía de usurpación, como estado transitorio. La revolución religiosa del siglo XVI y la revolución política del siglo XVIII pusieron término á la dominación de la Iglesia. Queda subsistente esta verdad: que la conciencia es libre con relación al Estado.

¿Quién conservó el depósito de esta verdad durante los siglos que separan la predicación evangélica de la Revolución? La Iglesia, luchando por la independencia del poder espiritual contra las pretensiones de los emperadores, que hubieran con su triunfo resucitado el cesarismo. La Iglesia defendía el derecho de la conciencia, es decir, un principio llamado á arruinarla. Prueba evidente de que obró así sin querer. ¿Quién entonces se sirvió de ella con tal fin? ¿Quién utilizó el poder espiritual de la Iglesia en favor de la libertad de conciencia? ¿Cómo un principio de servidumbre se ha convertido en principio de emancipación? Quitese á Dios de la historia, y no quedará más que un dedalo de contradicciones. Dios sólo nos da el medio de salir del laberinto. No, no debemos á los papas la libertad de conciencia, como no debemos á los emperadores la soberanía de las naciones. Papas y emperadores han sido instrumentos en las manos de Dios. Esto ni justifica á los hombres ni nos impide condenarlos; pero justifica á Dios, es decir, prueba que hay una Providencia que gobierna las cosas humanas, sirviéndose para ello hasta de nuestros errores y de nuestras malas pasiones.

N.º 4.—Disolución del feudalismo y del catolicismo (1).

I.

Á fines del siglo XI, la Europa entera se estremeció al grito de *Dios lo quiere*. Pedro el Ermitaño predica la guerra santa por mandato de Jesucristo, el Hijo de Dios, que se le ha aparecido. El papa convoca á los fieles á las armas en nombre de Dios. Á su voz exclaman todos: *¡Dios lo quiere!* El papa ve en estas palabras una inspi-

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre el feudalismo* y en mi *Estudio sobre la Reforma*.

ración divina. "Dios mismo, dice, las ha pronunciado por boca de los suyos." Tan convencidos estaban los cruzados de que Dios los conducía, que á cada paso veían milagros: Dios invierte las leyes de la naturaleza para venir en socorro de sus elegidos; Dios les da la victoria con su intervención sobrenatural.

¿Por qué interviene Dios en esta nueva emigración de los pueblos? Porque se trata de su propia causa. Los cruzados se arman para conquistar la tumba del Hijo de Dios. Oigamos al papa Urbano, que predicó la primera cruzada. Comienza por recordar á sus oyentes que el Redentor del género humano, revistiendo la carne humana por la salvación de todos, ha santificado con su presencia la tierra de promisión. "En esta Tierra Santa hay una Ciudad Santa por excelencia, Jerusalem. Esta cuna de nuestra salvación, continúa el papa, esta patria de Nuestro Señor, la ocupa por violencia un pueblo sin Dios. Los perros han entrado en los Santos Lugares, y el santuario está profanado." En idéntico sentido predicó San Bernardo la cruzada: "La tierra tiembla, exclama, porque el Dios del cielo ha perdido su tierra, su tierra, sí, donde vivió durante treinta años en medio de los hombres; su tierra, ilustrada por los milagros que en ella hiciera, consagrada por su sangre, glorificada por su resurrección." Cuando la Ciudad Santa fué tomada por Saladino, el papa dirigió á la cristiandad un lamentable llamamiento: "No, la lengua no alcanza á expresar ni los sentidos alcanzan á comprender cuál ha sido nuestra aflicción, cuál debe ser la del pueblo cristiano, al saber que la tierra ilustrada por tantos profetas, la tierra donde brotara la luz que ha iluminado al mundo, y, lo que es aún más grande é inefable, donde encarnara el Dios creador de todas las cosas, ha caído en poder de los infieles." Este dolor inmenso armó á la cristiandad: "Dios exige, dice un trovador, que le sigamos para recobrar su santo sepulcro."

Conquistar un sepulcro, tal era el objeto de los papas al predicar la guerra santa. En cuanto á los barones que se armaron al grito de *Dios lo quiere*, amaban la guerra, dice Montesquieu, y tenían muchos crímenes que expiar; propúsoles expiarlos satisfaciendo su pasión dominante, y todo el mundo tomó la cruz y las armas. Añádase á esto el carácter vagabundo de la raza germánica, ávida de aventuras. La invasión del imperio

romano fué una gran aventura. En el siglo XI, una pasión immoderada de peregrinaje exaltó á los caballeros, á los clérigos, y hasta á las mujeres, en la que cabía menos piedad que necesidad de agitación y de burlar el fastidio de los castillos y de los claustros. Después, como dice el autor de una canción de gesta:

Y pues que jóvenes somos,
el propio valor subiéndolo,
en otros lejanos países
nos darán el justo precio.

Los caballeros no buscaban solamente la gloria, buscaban también tierras, señoríos y principados.

Hé ahí lo que los hombres querían al levantar la cruz contra los infieles. ¿Fué eso lo que hicieron? La historia responderá por nosotros. Los cruzados no triunfaron; el sepulcro de Jesucristo está todavía en manos de los *perros*, á quienes se proponían arrancarlo. En cuanto á los caballeros, no les faltó gloria, si bien conquistada á precio de infinitas miserias: los principados que ganaron semejábanse á sueños, apenas formados desvanecidos. En vista de la inanidad de los esfuerzos gigantescos tentados por un objeto quimérico, los historiadores y los filósofos los han calificado de locuras. ¡Europa entera entregada á la locura durante siglos! ¡Locura era realmente armar un continente para conquistar la tumba de Dios! Seguramente no era esto lo que Dios quería. Se ha tratado por algunos de investigar los resultados de ese conflicto secular entre dos mundos; y ¿qué se ha descubierto? Cosas tan maravillosas como incontestables: el feudalismo quebrantado, los siervos emancipados, las municipalidades reivindicando sus franquicias, el comercio y la industria reemplazando á la guerra, los barones abdicando su potestad soberana en pro de la realeza. Ved lo que hizo la caballería feudal. Si hubiese previsto que tales serían las consecuencias de sus combates seculares, ciertamente que hubiera roto sus armas antes que emplearlas en arruinar su poder. Sí, por un extraño concurso de circunstancias, resulta que los millares de barones que van á guerrear en Asia para conquistar principados se ocupan en demoler el feudalismo, que es su vida, su ideal. Los grandes vasallos abren las cruzadas, y cuando éstas concluyen, ya no hay grandes vasallos. En el siglo XI, los reyes desempeñan un papel tan secundario en el mundo, que ni con ellos se cuenta cuando se trata de emprender las guerras santas.

Un barón manda á los caballeros. En el siglo XIV la realeza domina, gracias á los cruzados, que han arruinado á los grandes vasallos. Los siervos llenan los ejércitos, y las armas emancipan. En el reino de Jerusalem no hay siervos, y al fin de las cruzadas tampoco los hay en Europa. Hay, sí, un tercer estado que rivaliza con la aristocracia y que está destinado á reemplazarla. Las clases dominantes han hecho una gran revolución en provecho de las clases dependientes. La Edad Media concluye, y ábrese una nueva era.

Nadie dirá que esta benéfica revolución sea efecto de la libertad humana. Es claro como la luz que los hombres han hecho lo que no querían, y que de haber previsto lo que hicieron, no hubiesen gritado: *Dios lo quiere*. No, no fué la aristocracia feudal quien, con deliberado propósito, arruinó el feudalismo. ¿Quién fué entonces? ¿Diráse que la locura religiosa? ¿Harémos de la *locura otra majestad*, para levantarla en el trono del *azar*, al lado suyo? No, los hombres jamás creerán que la locura realice la obra de una profunda sabiduría, y que la humanidad deba su libertad á los que iban á conquistar un sepulcro é ilusiones. Si los cruzados no hicieron lo que de bueno las cruzadas han producido, ¿quién lo hizo? Sería ridículo hablar de la naturaleza ó de una ley general; esto carecería de sentido. Trátase de explicar cómo los cruzados destruyeron el feudalismo, cuando sus propósitos eran, por el contrario, trasplantarle armado en Oriente. Vanamente se buscará otra solución que Dios y su Providencia.

El feudalismo, abandonado á sí mismo, no hubiera llegado á transformarse; los siervos no hubieran tenido la fuerza de luchar contra los señores; ¿qué hubiera sido entonces de la libertad general? Es verdad que los barones sentían el espíritu de libertad, pero de una libertad privilegiada que tenía por base la servidumbre de las masas. La transformación de la sociedad, operada por los cruzados, ¿se habría llevado á cabo si ese inmenso trastorno no hubiese venido en auxilio de los siervos y de los hombres libres de las ciudades? La libertad tenía enemigos por todas partes y aliados en ninguna. Tenía un enemigo en la Iglesia, que, por instinto, sentía que la libertad era incompatible con la dominación que ejercía sobre las almas. La realeza no le era más favorable, porque el movimiento democrático tendía á emancipar los pueblos lo

mismo del poder de los reyes que del yugo de los barones. ¿Quién tomó partido por la libertad? El que ha creado á los hombres libres, sirviéndose de las pasiones guerreras del feudalismo para arruinar al feudalismo. ¿Cómo no adorar aquí á la divina Providencia?

Hay otra faz de las cruzadas todavía más maravillosa. ¿Quién llamó á las armas á la cristiandad al grito de *Dios lo quiere*? Los papas. ¿Qué querían éstos? Querían, si se les presta crédito, librar la Tierra Santa. Las guerras sagradas dieron al papado, en apariencia, una influencia que nunca había tenido. En realidad, arruinaron su poder, que estribaba en la opinión. En el siglo XI bastaron unas palabras inflamadas de Urbano para levantar á la cristiandad. En el siglo XIV, los papas dirigen á los fieles los más urgentes llamamientos; pero sus lamentos son vanos, nadie responde á su voz; hasta en los instantes en que los Turcos amenazan la Europa, los fieles rehúsan obedecer al que se dice vicario de Dios. Hé aquí una revolución en los espíritus, más considerable que la que se verifica al mismo tiempo en las clases sociales. ¿No provendrá de la misma causa? ¿No será también efecto de las cruzadas? El hecho es incontestable. Las cruzadas fueron un principio de independencia religiosa y hasta de incredulidad. Condorcet dice: "Esas guerras, emprendidas por la superstición, sirvieron para destruirla." (1). Nada más cierto.

La superstición reinante en el momento en que principiaron las cruzadas es digna de la locura que las inspiró. Cuando Pedro el Ermitaño predicó la guerra santa, el entusiasmo religioso estaba en su colmo. ¿De qué manera se manifestó? Creíase que algo divino animaba al predicador; hasta arrancaban los pelos á su mula para guardarlos como reliquias. ¿Cuáles fueron los guías de los primeros cruzados que siguieron á Pedro el Ermitaño? Un ganso y una cabra, que miraban como divinamente inspirados. Tal era el estúpido fanatismo de las poblaciones que tomaban la cruz al grito de *Dios lo quiere*. Pasan algunos siglos, terminan las cruzadas; los papas no cesan de predicar la guerra santa, pero los fieles no les escuchan. ¿Por qué? Ellos mismos van á decirnoslo. En el si-

(1) CONDORCET, Cuadro de los progresos del espíritu humano, página 173.